

La paliza que dimos a los polacos detrás de Belaya Zerkof fue enorme. Hasta la naturaleza debió conmoverse. Yo recibí muy de mañana una buena reprimenda. Recuerdo que el día se acercaba a la noche. Yo había perdido la comunicación con el mando de la brigada, y de todo el proletariado no quedaban conmigo más que cinco cosacos. Alrededor se pegaba la gente como el pope con su mujer. Lentamente goteaba la sangre de mi cuerpo y de la paletilla del caballo... En una palabra... No, esto no puede decirse en una palabra.

Spirka Sabuty y yo salíamos del bosque... lejos, lejos del bosque... y nos miramos. ¡Bonita situación! A unos trescientos metros... no más había... una nube de polvo. ¿Un estado mayor? ¡Bueno! ¿La impedimenta? ¡Mejor! Los uniformes y las camisas de los muchachos están miserablemente desgarrados y apenas cubren su desnudez.

—Sabuty —digo a Spirka—, tú conoces a tu madre... y... ¡bueno!, por el estilo... Te concedo la palabra. Tú estás ahora en la lista de oradores. Aquello que marcha por allí es nuestro estado mayor...

—Es verdad. Es nuestro ese estado mayor —contestó Sabuty—. Pero nosotros somos dos y allí hay ocho hombres.

—¡A ellos, Spirka! —digo yo—. Me gustaría untarles esa casaca solemne. Muramos por un pepino y por la revolución mundial.

Y corrimos hacia ellos. Eran ocho sables. Dos los barrimos inmediatamente con nuestras balas. Veo que Spirka lleva a un tercero al estado mayor de Duchonin para examinar sus papeles. Yo, en cambio, me entretengo con el as de triunfo. El as de casaca roja, cadena y reloj de oro. Le estrecho contra una granja, rodeada de manzanas y cerezos. El caballo del casaca roja se pavonea inquieto debajo de ellos como la hija de un tendero, pero se tranquiliza en seguida. Entonces suelta el general las riendas, me apunta con el máuser y me hace un agujero en la pierna.

—¡Bueno! —pienso yo—. Pero no te me escapas. Vas a morder la hierba.

Meto dos tiros en el arma. El caballo me dio pena. Era un bolchevique, un verdadero bolchevique. Rojo de cobre como una moneda, redonda como una bola la cola, las patas tirantes como cuerdas templadas. Yo pienso: “El caballo se lo llevas a Lenin”. Pero no resultó nada de aquello. Maté al buen animal. El caballo se desplomó como una novia, y mi as de triunfo saltó de la silla, se volvió otra vez y me hizo otro agujero en la figura. Así recibí mis tres señales en acción ante el enemigo.

—¡Jesús! —pienso yo—. Va a acabar por matarme en regla.

Metó espuela hacia él y entonces saca el sable, mientras ruedan las lágrimas por sus mejillas, lágrimas blancas, leche humana.

—Por ti me dan la orden de la Bandera Roja —grito yo— Ríndete, Excelencia, en tanto que me queda vida...

—No puedo, panie —contesta el viejo—. Me matas.

De pronto aparece Spirka delante de mí como llevado por el viento. Su rostro está jabonado con suciedad y los ojos le colgaban como una hebra de hilo sobre los morros.

—¡Vassia! —me dice—. ¡La de hombres que he despachado hoy! ¡Era un placer! ¡Atiza! ¡Si tienes un general!... ¡Vaya la de cosas finas que tiene! A éste me gustaría despacharle.

—¡Vete al diablo! —le digo furioso—. Esas cosas finas me están costando mi sangre.

Y empujó al general con mi yegua hacia la era, llena de heno o algo análogo. Calma, oscuridad y frío reinan allí.

—Panie—le digo—, cálmate, ríndete, por amor de Dios y luego descansaremos los dos, panie.

Está de pie junto a la tapia, respira con dificultad y se frota la frente con sus dedos rojos.

—No puedo —me contesta—. Me tendrás que matar. Mi sable no lo puedo entregar más que a Budienny.

—A Budienny tengo que llevárselo yo! —y para mi mala suerte veo que el viejo va a desplomarse en seguida.

—¡Panie! —grito y lloro y rechino los dientes—. Mi palabra de proletario de que yo mismo soy el primer comandante. No busques en mí cosas finas, pero un título sí que lo tengo: excéntrico musical y ventrílocuo de salón de la ciudad de Nischni..., Nischni del Volga...

El diablo me hurgó. Los ojos del general ardían ante mí como linternas. La sangre se me agolpó al rostro. La ofensa se desleía como sal en mis heridas, pues vi que el viejo no me creía. Cerré la boca, muchachos, encogí el vientre, metí aire y se lo volví a echar al viejo, así, por broma, a estilo de soldado, como entre nosotros en Nischni, y

demostré de ese modo al polaco mi arte de ventrílocuo.

El viejo palideció, se llevó las manos al corazón y se desplomó en tierra.

—¿Crees ahora en Vasska, el excéntrico, el comisario de la invencible tercera brigada de caballería?

—¿Comisario? —grita él.

—Comisario —digo yo.

—¿Comunista? —grita él.

—Comunista —digo yo.

—En la hora de mi muerte —grita él—, en mi último suspiro, dime, amigo cosaco, ¿eres comunista o has mentido?

—Soy comunista.

Entonces se yergue el viejo, besa un amuleto cualquiera, parte el sable y en sus ojos se encienden dos chispas, dos linternas en la estepa tenebrosa.

—Perdona —me dice—; no puedo rendirme a un comunista —y me alarga la mano—. Perdona —dice—, y mátame a estilo de soldado...

Esa historia nos contaba un día en su habitual tono de broma, mientras descansábamos, el famoso Konkin, comisario político de la brigada de caballería de Nischni y tres veces caballero de la orden de la Bandera Roja.

—Bueno, ¿y cómo terminaste con el panie, Vasska?

—¿Cómo había de terminar?... El viejo tenía carácter. Yo incluso me incliné ante él. Él siguió obstinado. Entonces le quitamos todos sus papeles y el revólver. La silla de aquel mochuelo raro la tengo todavía debajo de mí. En esto veo que me estoy desangrando más cada vez. Se apodera de mí un sueño terrible y mis botas están llenas de sangre... Y ya no pude ocuparme más de él.

—¿De manera que disteis cuenta del viejo?

—Cometimos el pecado.